



Las babas del diablo

Septiembre 30

Sí uno pudiera entrar así de pronto en el café de una novela al estilo *cuevanense*, y conversar de las novias araña, del cómo paulatinamente la baba de seda va formando una especie de mortaja sobre el cuello del deudo. Cortar la plástica porque afuera ha pasado algo, no importa el qué sino que ese algo nos ha llevado a hablar del terror de las películas de espanto, de mamá gritando, y de las hermanas abrazadas unas de otras como cabellos de medusa, y ahora la dependienta del giro que se acerca para verificar el consumo y comprobar que la clientela esta bien, y Tristán Tisha que luce el nuevo *afeite* que ha adquirido el día anterior, y el *rouge* de la bebida caliente que se instala en la boca, entonces por insano que parezca, los labios cobran vida, se vuelven dedos que tocan la

carne, ases de copa fuera del agua, y fue precisamente T. Tisha quien advirtió el lugar, el espacio que ahora se ve invadido por una pareja del mismo sexo, pero no importa demasiado ya sea porque el paraíso debe tener algo de imperfección y esa fealdad es la que nos encierra, —el lado atómico de las cosas, me interrumpe T. Tisha mientras termina su bebida y me señala que nos marchemos. Pago la cuenta y salimos de ahí, el rumbo es lo que menos importa, pero las mujeres prefieren las sombras, lo clandestino de los muros. Cuando T. Tisha se agolpa contra su cuerpo se sacude lentamente el pelo, oscila su vista por los aparadores y se entretiene con la carnal presencia de los cuerpos, y es entonces cuando le viene de golpe como el humo frágil del tabaco la sombra del minotauro. A menudo viajamos por colectivos, sí llueve T. Tisha piensa que la cosa marcha bien

pero luego lamenta el hecho de terminar empapada, le angustia la idea de que terminará resfriada, y de que ya en casa tendrá que sentarse frente a la estufa para recuperar el ánimo mientras pone la tetera al fuego, así que empieza a pensar en algo que nos auxilie a permanecer secos, pasa un brazo por mi cuello, y la variable entonces se abre: hasta aquí la sopa de letras que antes flotaba en el caldillo del plato comienza a tener significado porque el sentido de los actos deben tener la idea de quien los ejecuta, hay momentos en los que ninguno sabe exactamente que nos conduce a permanecer sin dinámica, a seguir un modelo, a recorrenos con la vista lo que dos cuerpos saben que el ir y volver, es la ventaja del deseo sobre el tacto, el triunfo de la serenidad sobre la pocilga de la carne. No lo soportas más, abres con precipitación la ventana y respiras el sudor



de la calle, sientes las toxinas y los tallos de angustias, y T. Tisha vuelve sus labios hacia la confección de su rostro y les da forma, movimiento, algo se reorganiza y gana la batalla, vuelves a ser Tisha, a releer tranquilamente las líneas que te dicta la frente, a formar parte de mi pretérito pluscuamperfecto, e irónicamente se necesita espacio para creer en algo, se necesita estar perdido para salir de un laberinto que parece de esponja.

Octubre 16

Un túnel, dice Sábato *es una luz que al final nos ciega*, pero un túnel visto por Tristán Tisha adquiere otro significado, porque primero se debe tener claro que en ese pasillo el oxígeno es espeso, y segundo existen corredores que comunican de un andén a otro, galerías donde el eco de los muslos alcanza a ser percibido por el caracol del oído, así pues todo transgrede los límites en un túnel, yo prefiero insistir en nombrarle la baba

del diablo y, precisamente así y no de otra forma porque de qué otra manera se podría explicar lo que suele ocurrir en esos espacios donde la saliva del diablo ilumina el largo pasaje y nos muestra la pareja que se detiene a la mitad del túnel buscando entre tus ropas la identidad, la codicia latente por tocarse todo, por descubrir cada ángulo imperfecto y, toparse de frente con la mordedura de la sierpe que nos empaña los ojos, y entorpece a propósito los dedos que ahora recorren con destreza el par de senos y la boca que los cubre con la mismísima espuma del demonio y la presión de la tetera en la lumbre y, siento el cuerpo de T. Tisha entre las manos, sus ojos dando giros sin coordenadas, y todo sucediendo en un latido de tiempo, en un eructo mental de la realidad que concede esperanza, y tu mordiéndote los labios, apartándote de pronto, acomodando las ropas, volviendo a la verdad, a tu pesada sustantividad porque el momento se ha roto tan crudamente por el transeúnte que des-

ciende por las escaleras y cruza la salida opuesta del túnel al tiempo que pone su viscosa vista sobre ti. El aire vuelve a ser respirable como la risa del ángel rebotando en el agua.

Octubre 26

Al final del túnel no existen arañas en el estómago solo la nota de Tristán Tisha que ahora tu lees: el sueño más puro, más allá del bien o el mal es el poder de la encantación que nos sacude de pronto en medio del hipotálamo y su cercanía a la conciencia, ese recuerdo próximo al olvido que pescamos apenas en ese instante en el cual parece morir la materialidad y el significado que nos deja en la boca de esa gran araña que teje el destino.

Por: Efrén Monrreal.
Cuento tomado del libro: *De textos para botarse al cesto*